

La Ausente Presencia de Sanín Cano

¿UN homenaje a don Baldomero Sanín Cano en sus vísperas no-nagenarias? ¡Pues cómo no!... Pero, ¿quién es exactamente, cabalmente, Sanín Cano?

Ruego que no se vea una *boutade* majadera en estas palabras: hay hasta un poco de tragedia en ellas. Sabemos, claro está, que Sanín Cano es desde hace más de medio siglo un nombre glorioso en las letras hispánicas. ¿Cuántos, sin embargo, son los que saben eso por fruición y los que sólo lo saben por testimonio y resonancia?

Quien esto escribe ha vacilado un poco en acudir al presente homenaje porque se halla —le da vergüenza decirlo— entre unos y otros, y se trata de tejer algo más que una corona de ecos. Soy cubano y en mi isla vivo. Tengo el “vicio impune” de la lectura, que decía Valéry Larbaud. De las letras, en más de un sentido, me alimento, y me place honrar el oficio, sobre todo en su magisterio americano. Perdóneseme esta ficha. Es para añadir que hasta un hombre de esa necesidad y apetencia literarias, y en una tierra de América, puede no haber llegado a conocer bien a un veterano de las letras americanas con cincuenta años de producción y de gloria. Aquí, a mi isla, no han llegado, que yo sepa, los libros mayores de don Baldomero, y si llegaron, fué con tanta parsimonia que mi agilidad no fué bastante para que me hiciera de ellos. Lo que directamente sé del gran escritor colombiano —que, por lo demás, como escribió su compatriota Guillermo Valencia, ha sido siempre “pródigo en componer, parco para difundir”—, es lo que me ha deparado algún libro menor, o los artículos leídos acá y allá, en tije retazos a *El Tiempo* y en reproducciones del *Repertorio Americano*.

¿No es esto, como anticipaba, un poco trágico? ¿No nos hace patente una vez más esta improvidez e incomunicación de la “cultu-

ra" americana, que hace que la obra de tantos de nuestros mejores ingenios se quede totalmente desconocida de la gran masa de lectores potenciales, o se la conozca fragmentariamente y a salto de mata? Lo que aquí ocurre con don Baldomero, ¿en cuántos otros países nuestros no ocurrirá, por ejemplo, con Varona? Y si esto acontece con los mayores y más consagrados, ¿en qué desvalimiento de comunicación no se hallarán los valores emergentes? La cultura americana no tiene todavía sistema nervioso, por lo que es mucho esperar que tenga conciencia. Acaso el mejor homenaje que pudiéramos hacerle a don Baldomero sería tomarle a él de motivo y ocasión para replantear con alguna seriedad y propósito de eficaz trascendencia ese inveterado problema de la dispersión espiritual de América.

Porque justamente eso se vincula a la significación funcional de Sanín Cano mismo en nuestras letras. Si algo sabemos del gran escritor aun los que poco sabemos de él es que ha sido siempre un héroe de la comunicación espiritual. De la comunicación de América con el mundo y consigo misma. Por lo pronto en esa dedicación suya a rebasar el propio ámbito inmediato, a tender cables de sensibilidad e inteligencia sobre tierras y mares, a allegarnos lo distante, es uno de los hombres más universales que hemos tenido en el continente. ¿Qué hubiéramos sabido de Alfred Polgar, pongamos por caso, sin aquella deliciosa noticia en que don Baldomero no sólo nos pintaba cumplida y brevemente al humorista vienés, sino que hasta nos traducía lo único de él por lo cual ya podamos esperar conocerle?

En cuanto el periodismo sea eso, noticia, Sanín Cano se nos muestra antes que nada como un gran periodista — un periodista de lo sustantivo. Pero además de noticiero de sucesos y sustancias, ha sido el sabedor y revelador cabal de la letra lejana, el seguidor de obras y hombres capaz de darnos, en coyuntura propicia, la imagen completa y profunda de ellos, el estudio erudito y orgánico, como aquél de Carducci, "escrito en el centenario de su muerte", o los de figuras geniales, pero menos acogidas por la fama común, como la de Samuel Butler. Con su dominio de lenguas, con su experiencia de tierras ajenas, con su curiosidad y su esfuerzo heroicos, alimentados de lecturas innúmeras y sobremanera diversas, pero sobre todo con esa generosidad por la cual ciertas almas se sienten

llevadas a compartir su fruición con otras, Sanín Cano nos llenaba, en toda la medida en que un solo hombre puede hacerlo, nuestros vacíos americanos. Gracias a él y al ejemplo de él, desde América nos sentíamos situados en el mundo, y situado el mundo en nosotros. Compensaba así nuestra soledad continental, nuestro vasto provincialismo, nuestro frívolo contentamiento con meros ecos. Y claro que esa función comunicadora suponía una mente de calidad universal ella misma, un sentir que todo el mundo de las ideas, de la sensibilidad, de la experiencia, era su provincia; un constante sacrificio de lo parroquial ante lo humano. Por la misma dislocación que alguna vez se le ha querido reprochar, Sanín Cano ha sido el nuncio de la madurez de sensibilidad universal que ahora está asomando en América.

¡Gran paradoja, pues, que este Ministro de Comunicaciones espirituales haya sido tan poco comunicado él mismo! Y, sin embargo, la onda de su emisión es de tanto alcance, de vibración tan profunda, que ha podido llenar el ámbito americano y hacerle perdurar hasta en la ausencia. Algo de eso escribí una vez sobre Gabriela Mistral, otra voz mayor. Tampoco a ella, por largas temporadas, se la podía escuchar — habían desaparecido sus libros, callaba en alguno de sus hondos silencios, erraba por el mundo. Pero la seguíamos sintiendo como una gran presencia. Sus versos se habían quedado temblando en el aire con esa sobrevivencia o eternidad de la creación genuina, desdefiosa del tiempo. Lo mismo nos ocurría con don Baldomero Sanín Cano. ¿Dónde está? ¿qué ha escrito últimamente? Sabíamos, sin embargo, que continuaba tutelando la conciencia americana, captando en sus espejos ustorios toda la luz y el calor del mundo y distribuyéndolos en pequeños haces luminosos.

¿Cómo se explicaba esta presencia ausente de una obra entregada al tiempo? Porque lo distintivo de esa obra —repetámoslo— es que estaba casi toda ella, lo más irradiador de ella, dedicada a la exaltación de procesos y sucesos, a salvar episodios o, a lo sumo, meros conatos de eternidad, por eso se resolvía periodísticamente. Y el milagro era justamente esa salvación: que lo efímero o mudadero cobrase en la pluma de Sanín Cano tanta raíz y consistencia. Bastaba así haber leído alguna vez cualquier artículo suyo para recordar que se había bajado de la superficie a la entraña, como en los puntos nimios del paisaje que a veces nos sorprenden con una entrada al

subsuelo. Podíamos ya dejarle de frecuentar conservando, sin embargo, aquella emoción telúrica. Nos quedaría la fruición supérstite de aquella mezcla suya de sabiduría y levedad, de rigor y gracia, de gravedad e ironía; el recuerdo de la mirada sagaz que se mete en la entraña de un tema y saca una imagen palpitante, como una víscera. Nos dejarían ya para siempre prendados su anchura de interés por las cosas, los hombres y los destinos; su serenidad aparente, pero en el fondo trémula de simpatía humana, de amor a la verdad, a la libertad, a la justicia, a la dignidad radical del hombre — aquel tono tranquilo, curado de espantos, pero no de asombros, que se cierne a sí mismo en criba de humor, y el señorío de aquella prosa tan colombianamente castiza y rezumadora de filologías, pero a la vez tan llena de pequeñas sorpresas y de legítimos trasiegos del idioma ajeno... En fin: aquel aire tan civilizadamente americano, en que parece que se hubiese operado ya la síntesis de nuestra pasión joven con la vieja circunspección europea.

En algún otro sentido está como ausente de su propia presencia. Los escritos de Sanín Cano no muestran sino muy rara vez al individuo. Hasta cuando hablan de cosas por él vividas, parece como si quisiera dar de ellas un testimonio mostrenco, impersonal. Ni ahora, que está tan cargado de prestigio, se permite a sí mismo esas sutiles alusiones a la propia autoridad con que a menudo los viejos nos divierten y commueven a la vez. Esta modestia, al lado de tan patente sabiduría, es uno de sus encantos. Podría parar en fría inhibición si no fuese porque en sus escritos, aunque no asome el individuo, está siempre el hombre. Es, efectivamente, el común denominador ideal humano, la conciencia humana más libre y generosa lo que se acusa tras aquel pudor del maestro. Ausente de su letra, vive en ella, y todo lo mejor de los hombres con él.

Recuerdo haber leído hace muchos años —en cierto libro cuatorario de su compatriota López de Mesa— estas palabras del propio don Baldomero, acaso las únicas directamente confesionales que haya escrito:

“... Aprendí en Renán la tolerancia, en Amiel la necesidad de buscarle un objeto serio a la existencia, en Nietzsche la manera de educar la voluntad y en todos el culto de la belleza en las formas y en las normas de la vida. La fealdad, en mi concepto, es contraria a todo principio moral. En ningún sistema filosófico he podido

hallar satisfactoria explicación de dos enigmas torturantes que rodean la existencia: el absurdo de la muerte y el predominio de la injusticia en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo . . .”

Nada mejor podría decirse para resumirle. Esa tolerancia ha hecho de Sanín Cano uno de los grandes ejemplos de comprensión y de serenidad para esta América nuestra, hoy más que nunca rondada de tentaciones dogmáticas. La necesidad de buscarle un objeto serio a la existencia, con su poco de voluntarismo nietzscheano para compensar la amiélica indecisión, le dió esa solidez de espíritu contra la frivolidad, la irresponsabilidad y la aventura, que son también tentaciones nuestras; el culto de lo bello y su contraria repugnancia le enseñaron a valorar con tan fino discernimiento y a vivir tan luen-gos años con ritmo patricio, pero ajeno a las peripecias feas de nuestra polémica criolla; y de ese asombro torturante que dice ante el enigma metafísico y la terrena injusticia, supongo que le vendrán su humor resignado y piadoso por un lado, y por otro su milicia incansable por la bondad e inteligencia entre los hombres. De todo eso se ha hecho su glorioso magisterio.

JORGE MAÑACH

